

J.M. BURGOS, J.L. CAÑAS y U. FERRER (eds.), *Hacia una definición de la filosofía personalista*, Biblioteca Palabra, Asociación Española de Personalismo & Ediciones Palabra, Madrid 2006, 173 pp., 17 x 24, ISBN 84-8239-998-5.

En noviembre de 2004 se celebraron las primeras Jornadas filosóficas de la Asociación Española de Personalismo, con el título *Itinerarios del personalismo. Balance y perspectivas de una filosofía*. En este volumen se recoge una selección de las ponencias y comunicaciones presentadas en ese Congreso, con el que dieron comienzo las actividades de esa nueva Asociación. Un total de once trabajos integran este libro que supone sin duda una buena presentación del movimiento personalista en general, y de los principales cultivadores del personalismo en España, en particular.

Como es lógico en este tipo de publicaciones los trabajos son heterogéneos en su contenido y perspectivas. Desde aspectos más sectoriales, donde los principios personalistas invitan a un diálogo con otras disciplinas (por ejemplo, los textos de J.J. Muñoz, «Entender el cine en clave personalista», y de M. Rodríguez, «Personalismo y psiquiatría»), hasta otros más generales (como los de J.M. Burgos, «El personalismo hoy o el sentido de una Asociación», y el de J.L. Cañas, «Personalismo o personalismos. El problema de la unidad de los filósofos personalistas»). La variedad de perspectivas y enfoques se puede advertir también en las diversas tradiciones personalistas que se encuentran aquí expuestas. La tradición fenomenológica del personalismo se encuentra presente en las densas páginas de Urbano Ferrer («De la fenomenología a una teoría de la persona»), así como el primer personalismo —ligado más estrechamente a la figura de Emmanuel Mounier, con una impronta social— es presentado por Carlos Díaz en «El yo personalista-comunitario». No podía faltar la tradición procedente de la filosofía del diálogo, abordada por López Quintás (en «El pensamiento dialógico y su fecundidad») y por la profesora M. González Martín («Tradición y método en la filosofía personalista»). Interesante y necesaria es la perspectiva del personalismo moral que J.J. Pérez-Soba desarrolla en «Persona

y personalización», en donde se abordan las dificultades que la corriente personalista ha encontrado en la ética por su proximidad temática con el existencialismo y la renovada «moral contemporánea».

Cabe destacar, en esta breve enumeración del contenido, los artículos de dos filósofos no estrictamente personalistas, pero que mantienen un vivo diálogo con esta corriente. Así, E. Forment, en su artículo «Personalismo y tomismo: convergencias y divergencias», traza un paralelismo entre la antropología tomista y la personalista donde es posible encontrar un eje central común, capaz de obviar las diferencias: el valor y dignidad de la persona humana. Según Forment, la distinción radical entre persona y cosa —señal de identidad de todo personalismo— se encuentra también netamente trazada en Tomás de Aquino. Desde esta idea basilar, este autor analiza las críticas del personalismo a la insuficiente caracterización tomista de la persona desde categorías «sustancialistas» e «individualistas». Tendremos ocasión de abordar este asunto más adelante. El segundo trabajo al que me refería es el del profesor J.F. Sellés, titulado «El método del conocimiento personal. Una cuestión difícil en la investigación sobre la persona». Se trata de una apretada y equilibrada síntesis histórica acerca del conocimiento del ser personal haciendo ver la insuficiencia del planteamiento griego, y más concretamente de la «sustancia» aristotélica y la «reflexión» neoplatónica, insuficiencias que no pudieron ser completamente satisfechas, a pesar de sus indudables aciertos, por la filosofía escolástica medieval. De ahí la deriva del pensamiento moderno hacia la identificación entre sujeto y objeto, propia del idealismo. La reacción al objetivismo hegeliano desemboca en la apelación al conocimiento subjetivo, en donde se salva la peculiaridad del acceso al sujeto humano frente al conocimiento «objetivo»; pero a cambio, se sustituye el paradigma de la verdad por el de la certeza. A su vez, la misma incertidumbre acerca del conocimiento del ser personal deja abierta la puerta a postular la imposibilidad de su conocimiento y, antes o después, a la disolución de la persona. Ante estos problemas, Sellés apunta muy brevemente las claves aportadas por la Antropología trascendental de Leonardo Polo como método adecuado para satisfacer el acceso al ser personal.

El conjunto del libro resulta ser sugerente y, en líneas generales, clarificador —desde el punto de vista histórico— de las fuentes del pensamiento personalista. Resultan de indudable utilidad algunas distinciones como la aportada por J.M. Burgos entre el personalismo —originado en la filosofía social de Mounier— y la filosofía personalista, en donde el marco conceptual se amplía y diversifica con las aportaciones de otras tradiciones filosóficas. Asimismo, el artículo de Cañas arroja luces acerca de lo esencial y aglutinante del pensa-

miento personalista: la experiencia de ser persona. El trabajo de Urbano Ferrer evidencia las raíces fenomenológicas del personalismo, mientras que los artículos de González Martín y López Quintás nos sitúan frente al personalismo dialógico en sus fuentes. Así pues, es una obra que aporta valiosas síntesis y estimula a pensar en la persona humana desde perspectivas en ocasiones no suficientemente atendidas desde instancias del pensamiento clásico.

Con todo, quizás lo más interesante de este libro sean las divergencias y puntos débiles que los editores no han querido silenciar. Se trata, en definitiva, como refleja el título del libro, de un esfuerzo especulativo por esclarecer las claves esenciales de la filosofía personalista. Por esta razón, la lectura de estas páginas no refleja una escuela filosófica cerrada y definida; ni tampoco encontramos una voz unánime y coherente entre sus integrantes.

Una de las cuestiones que puede suscitar más perplejidad al lector es la enumeración de los autores que se pueden considerar personalistas. Ciertamente los nombres de Mounier, Nédoncelle, Ebner, Buber, Levinas, o el mismo K. Wojtyła, aparecen de modo unánime en los elencos. Pero puede sorprender ver incluidos en esta enumeración a filósofos que de manera más o menos explícita rechazan ese calificativo: J. Maritain; J. Marías; P. Ricoeur (que declara el fracaso del proyecto personalista, como se reconoce en las pp. 7-10) y que al igual que X. Zubiri rechaza su filiación personalista (cfr. p. 65). Algo similar ocurre con L. Polo (que afirma los logros, pero también la falta de consistencia especulativa del personalismo; cfr. p. 157, nota 3). No faltan tampoco referencias a posibles precursores del personalismo cuya afinidad podría suponerse un tanto remota: Kant (p. 42), Kierkegaard (p. 38), Víctor Frankl (p. 150), incluso Max Scheler (p. 51), Merleau-Ponty (pp. 96-101), o Husserl (p. 95). No parece estar suficientemente justificada la remisión a estos autores y no a otros cuya filosofía presenta una defensa neta del concepto de persona (por ejemplo, Robert Spaemann) frente a posturas materialistas. Ya hemos aludido a la ambigua postura que Tomás de Aquino representa para el personalismo actual. Se puede argumentar, y con razón, que la cita de uno u otro autor no obedece a un afán académico (más bien «academicista») de etiquetar de manera simple a autores que han sostenido un pensamiento original acerca de la persona humana. Y en ese sentido, estos nombres hay que tomarlos como meros puntos de referencia para un pensamiento personalista, sin querer tomarlos como personalistas *stricto sensu*.

Algunos lectores podrían, sin embargo, preguntarse si esta amplia enumeración no puede significar más bien una falta de definición clara acerca de qué se entiende por filósofos personalistas. Y ciertamente, si la idea unificadora de la filosofía personalista es la distinción radical entre persona y cosa,

como se afirma certeramente en varias ocasiones (pp. 14; 38; 50, etc.), el elenco de filósofos personalistas se puede hacer extensivo con toda propiedad a cualquier filósofo del pasado o del presente que apueste por dicha distinción; y más aún, que subraye la superioridad y dignidad del hombre sobre el resto de los seres de la naturaleza. Sin embargo, si ser personalista conlleva la afirmación, por ejemplo, de que la persona debe ser tratada con categorías filosóficas propias, no provenientes de la metafísica clásica (tales como sustancia o naturaleza; cfr. p. 13) porque son categorías inapropiadas al ser personal, entonces es posible que el elenco de personalistas tienda a disminuir drásticamente, porque muchos de los autores antes citados o bien no se plantean la cuestión, o sin más admiten la posibilidad de esa aplicación de los términos metafísicos a la realidad personal. Así por ejemplo, Forment se cuestiona abiertamente este punto —que se presenta como fundacional de la filosofía personalista—, al menos cuando se aplica a Tomás de Aquino: «Dejando aparte la posible discusión sobre el origen de los conceptos categoriales y su aplicación analógica a lo inmaterial, Santo Tomás no entiende la sustancia como una esencia sustancial», sino que se refiere al acto de ser (p. 82), porque, como apunta el mismo autor, la definición tomista de persona no tiene su origen en las cosas: el ser personal no se capta por el conocimiento sensible ni intelectual en sentido estricto, sino por la experiencia del conocimiento habitual de sí mismo (p. 83).

Las divergencias sobre estas cuestiones centrales de la filosofía personalista intentan salvarse con la distinción entre filosofía personalista en sentido amplio (distinción entre persona y cosa) y filosofías personalistas (con sellos y acentos muy variados, según los diversos autores y corrientes). No obstante, esta ambigüedad y falta de definición clara sobre la naturaleza de este movimiento hace precaria la apelación al personalismo «como la antropología que hoy necesita el cristianismo» (p. 22). Evidentemente para el pensamiento cristiano resulta básica la distinción entre el mundo personal humano y el mundo infrahumano, donde cada ser personal goza de una dignidad inalienable y de un valor en sí mismo. Sin embargo, algún lector puede sentir cierta desazón al comprobar la difícil e inestable amalgama de autores, corrientes e ideas (a veces irreconciliables) y manifestar sus reservas para reconocer el personalismo en el modelo intelectual del pensamiento cristiano. Por otro lado, tenemos experiencia de las grandes dificultades que se presentan cuando se ha querido erigir un pensamiento filosófico —esencialmente ligado a tradiciones históricas particulares— como único modelo del pensamiento cristiano.

En definitiva, nos encontramos ante una obra muy útil para adentrarse en este complejo movimiento filosófico contemporáneo: quizás lo mejor del li-

bro consista en evidenciar las propias dificultades y tensiones que se encuentran en la base del mismo, sobre todo a la hora de intentar una cierta autoaclaración y sistematización de su pensamiento.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

R.E. BROWN, *La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro. Comentario a los relatos de la pasión de los cuatro evangelios*, 2 tomos, Verbo Divino, Estella 2005 y 2006, 1850 pp. (tomo I: 1-1031; tomo II: 1037-1850), 16 x 24, ISBN 84-8169-486-X (tomo I) y 84-8169-487-8 (tomo II).

Han pasado ya casi 15 años desde la publicación de la última gran obra del exégeta norteamericano Raymond Edward Brown (1928-1998). Desde 1994, su *Death of the Messiah*, ha sido un punto de referencia para los estudiosos de los relatos evangélicos de la Pasión, lo que no quiere decir que no se hayan revisado desde entonces algunas de sus propuestas e incluso la metodología de su Comentario. Esta traducción al español nos hace ahora más accesible este texto de casi 2.000 páginas, una nutrida compilación y discusión de datos y posturas de los especialistas sobre la parte central de la vida de Jesús. Con estas líneas no pretendemos hacer una valoración de todos los temas tratados en la obra. Lo que haremos, por un lado, es una descripción formal y metodológica; por otro, una breve valoración crítica de estos aspectos.

El Comentario comienza con el relato de Getsemaní —no estudia los sucesos en torno a la Última Cena—, y acaba con la muerte de Jesús en la cruz. Los acontecimientos que tienen lugar en este lapso de tiempo se dividen en cuatro actos: I. La oración y el arresto de Jesús en Getsemaní (pp. 159-389); II. Jesús ante las autoridades judías (pp. 391-786); III. Jesús ante Pilato (pp. 787-1031); IV. La crucifixión y muerte de Jesús en el Gólgota (pp. 1055-1543). El primer tomo comprende los tres primeros actos; el segundo tomo, el cuarto acto y nueve apéndices (pp. 1545-1781) que, por su interés, elencamos: 1. El Evangelio de Pedro: un relato no-canónico de la pasión; II. Fecha de la crucifixión (día, mes, año); III. Pasajes especialmente difíciles de traducir; IV. Estudio general de Judas Iscariote; V. Grupos y autoridades judíos mencionados en los relatos de la pasión; VI. El sacrificio de Isaac y la pasión; VII. La base veterotestamentaria de los relatos de la pasión; VIII. Predicciones por Jesús de su pasión y muerte; IX. La cuestión de un relato de la pasión premarcano (realizado por Marion L. Soards). Además, el Comentario contiene una amplia introducción (pp. 41-158), en la que se expone la perspectiva de la obra junto a la bibliografía general, y unos índices al final.